

PRÓLOGO

Este comentario se titula igual que el libro comentado (*Buena Noticia de Jesucristo*, cf. Mc 1,1), y trata del evangelio, es decir, de la vida y mensaje de Jesús de Nazaret, a quien sus seguidores llamaron el Cristo, esto es, el Mesías, creando por ello un nombre compuesto: Jesucristo. En su origen, el libro de Marcos no fue un evangelio más, sino el único evangelio, pues no existían otros (Mateo, Lucas y Juan fueron posteriores), y porque Marcos lo presenta como el verdadero (evangelio de Jesucristo), en una línea parecida a la de Pablo cuando defendía su forma de entender al Cristo (cf. Gal 1,7).

Actualmente, hay en la iglesia cristiana cuatro evangelios canónicos (Marcos y Mateo, Lucas y Juan), y otros que no han sido admitidos en el canon. Pero, en un sentido muy profundo, Marcos sigue siendo el único *Evangelio de Jesucristo*, pues los otros llevan títulos distintos, y son, por otra parte, derivados, pues dependen en gran parte de Marcos, autor desconocido de este libro que lleva su nombre y que fue la primera Escritura especial de los cristianos, completando así la Biblia judía, desde la perspectiva de Jesús, pues las cartas de Pablo y los otros evangelios recibieron más tarde su carácter de Escritura.

Como reza el subtítulo, mi libro es un comentario del libro de Marcos y así quiero presentarlo, agradecido, a los muchos colegas y amigos que me han acompañado al escribirlo, tras años de gestación intensa, desde el Bíblico de Roma (1966-1969), el Teologado de Poio (1970-1972) y la Pontificia de Salamanca (1973-2003), hasta la redacción sosegada en Madrigalejo y San Morales (2005-2010), en compañía de Mabel. Es un comentario extenso, fruto de muchas investigaciones, lecturas y enseñanzas, y quiero presentarlo como texto de consulta y acompañamiento (no de lectura corrida), pues ofrece algunas claves que permiten entender el principio y sentido del cristianismo, desde la perspectiva de Marcos.

La trama de Marcos resulta compleja y simple, y en ella se anudan y tejen, diseñando el rostro de Jesús, el Cristo (Jesucristo), los diversos hilos de su historia y de la historia del cristianismo primitivo, desde su comienzo (hacia 29 d.C.) hasta el final de la guerra judía, que culminó el 70 d.C. Si Marcos no hubiera escrito este evangelio, el cristianismo que actualmente conocemos quizá no existiría, o tendría una forma muy distinta, de manera que podemos afirmar, sin exageración, que su libro ha sido y sigue siendo el texto más significativo de la historia de Occidente, al menos en sentido cultural y religioso.

Su dinámica es compleja, pues en ella se entrelazan y definen diversas memorias que recogen tradiciones de la Iglesia de Jesús (su enseñanza y destino de muerte), vividas y recreadas por la comunidad, a lo largo de cuarenta años de historia cristiana, y vinculadas al destino y a la teología fundante de cristianos como Pedro (= Roca) y Pablo, en un contexto de

cambios intensos, cuando el mundo en que había vivido Jesús se estaba derrumbando. Nadie había tejido así los hilos de la trama de Jesús y de su Iglesia. Marcos lo ha logrado, desde una comunidad particular que, a mi juicio (con todas las reservas posibles), se hallaba en algún lugar de Siria, cerca de Galilea, con la certeza de que los problemas centrales de su tiempo seguían siendo los del tiempo de Jesús y de que su evangelio iba a extenderse a todo el mundo (cf. Mc 13,10; 14,9).

Pero, siendo muy compleja, la trama de Marcos resulta extremadamente *simple*, como todas las narraciones verdaderas, pues expone la historia mesiánica del Cristo, «Hijo de Dios» (1,1), que padeció bajo Poncio Pilato, gobernador romano. De aquí brota su «fuerza», aquí se funda su mensaje: volviendo a la raíz de las visiones fascinantes (aunque menos centradas en la vida humana de Jesús) que habían ofrecido Pablo y otros misioneros de la generación primera de la Iglesia, y recuperando tradiciones de los grupos más cercanos a Jesús, en un momento clave (cuando todo podía derrumbarse), tras el año 70 d.C., con la ruina del templo de Jerusalén casi humeando todavía, Marcos supo trazar en su libro la biografía pascual de Jesús Nazareno, el Crucificado (16,6), y lo hizo de un modo tan intenso que su obra fue y sigue siendo clave todavía para entender el cristianismo.

Cuando parecía que la ruptura entre las visiones y las prácticas sociales de las comunidades podía conducir al surgimiento de iglesias totalmente distintas, cuando la caída de Jerusalén, destino y meta del proyecto de Jesús, parecía implicar el derrumbamiento de todo el cristianismo, Marcos supo volver a la raíz y elevarse de nivel, situando en el centro de la experiencia cristiana la figura (biografía) humana de Jesús, reinterpretada desde una perspectiva de pascua, pues, a su juicio, en la recta comprensión de la vida y muerte de Cristo se encuentra la respuesta a todos los problemas de la vida. En esa línea, el evangelio de Marcos podría titularse «Muerte y vida del resucitado». De esa manera, escribiendo, probablemente, desde un lugar importante del despliegue cristiano, donde Pablo había visto la gloria de Dios en Jesús crucificado (Damasco), Marcos puso en el centro de la vida y tarea de los seguidores de Jesús la historia humana de aquel a quien unas mujeres buscaron en la tumba de Jerusalén, sin poder encontrarle, pues se hallaba vivo (16,1-8).

Quien hoy lea esa historia de Marcos puede pensar que era cosa fácil de escribir, pero nadie lo había hecho previamente (que sepamos), ni Simón, a quien los cristianos llamaron Roca (cimiento de la Iglesia), ni Pablo, que tantas cosas apasionadas dijo sobre el Cristo, proclamando su presencia salvadora en unas cartas de fuego (entre 49 y el 56 d.C.), mientras caminaba anunciando a Jesús desde Jerusalén a Roma. Nadie lo había hecho, solo él, hacia el 70-73 d.C., unos quince años después de que Pablo hubiera escrito su famosa carta a los Romanos, unos ocho años después de que Pablo y Roca hubieran sido ajusticiados (hacia el 64 d.C.), en el momento de mayor convulsión del judaísmo que parecía quedar sin cabeza (Jerusalén) y sin muchos de sus miembros, pues los cristianos y otros grupos judíos tendían a separarse, tras el año 70 d.C.

No les faltaba a los cristianos buena reflexión de fondo. Pablo había trazado ya en sus cartas la novedad del evangelio; Roca y Jacob (= Santiago), hermano del Señor, habían desplegado también sus visiones del Cristo (aunque no las escribieron o no conservemos sus escritos). Hubo otros grandes pensadores, como Apolo (cf. Hch 18,24; 1 Cor 3,4-6). Había buenas teologías. Pero Marcos fue el primero que, asumiendo y recreando tradiciones anteriores, trazó (narró) la historia pascual de Jesús crucificado, al que presentó como centro del cristianismo, cuando todo parecía derrumbarse, cuando muchos suponían que no había solución (cayó Jerusalén, y no había venido Jesús como esperaban los cristianos primeros). Pues bien, en ese momento, Marcos pensó que la respuesta era contar la historia «real» (esto es, pascual) de Jesús, el mesías galileo a quien habían matado en Jerusalén, según ley, porque anunciaba y preparaba la llegada del Reino de Dios.

Esa historia suponía una vuelta atrás, pues en vez de mirar al futuro y mostrar lo que había de venir, Marcos insistió en la vida de aquel que había muerto, centrandó así en Jesús (profeta campesino de Galilea) la verdad del evangelio y trazando desde Galilea (no de Jerusalén) un camino apasionante de vida y esperanza. La historia que Marcos contó de esa manera fue y sigue siendo un prodigio literario, teológico y humano: es el relato (narración fundante) del «fracaso mesiánico» (esto es, salvador) de Jesús Nazareno, que anunció la llegada del Reino de Dios en Galilea y que fue asesinado en Jerusalén, para volver a extender su mensaje desde Galilea, como Cristo y Señor resucitado, Hijo de Dios, a través de sus seguidores.

Jesús no fue Cristo por haber «levantado en armas» al pueblo de Jerusalén y haber vencido en la guerra final, sino por haber muerto y por haber sido fiel al mensaje de Dios, siendo asesinado precisamente en Jerusalén. Pues bien, mirados desde esa perspectiva, los terribles acontecimientos del 70 d.C. podían y debían entenderse como elementos de una historia salvadora, y así, en la línea de los viejos profetas de Israel (como Jeremías), Marcos pudo afirmar que la misma ruina del templo de Jerusalén formaba parte de la historia de salvación, querida por Dios, que los seguidores del Cristo retomaban desde Galilea.

Una historia en parte semejante la había trazado, en un momento pa-rejo de lucha y riesgo de muerte, el libro de visiones de Daniel, escrito precisamente en medio de la guerra antioquena (de los macabeos: 164-163 a.C.), cuando el templo había sido «profanado» y parecía que Jerusalén podía acabar destruida por guerras interiores (unos judíos contra otros) y por la invasión externa del rey helenista (Antíoco Epífanés de Siria). En ese contexto de guerra y de ruina (que conocemos por 1 y 2 Mac), anunciaba Daniel la venida del Hijo del Hombre celeste y el triunfo final de los israelitas justos perseguidos. Se trataba por tanto de una transformación de la derrota en victoria de Dios, era el triunfo de la vida de los oprimidos de Israel. También Marcos escribió en tiempos de crisis, pero con algunas diferencias.

a) En contra del libro de Daniel, Marcos anuncia que el mismo templo será (o ha sido) realmente destruido (cf. 13,1-2), sin que haya venido el Hijo del Hombre para evitarlo. Según eso, la visión de la ruina de Marcos es mucho más radical que la del libro de Daniel.

b) Conforme a la visión de Marcos, el Hijo del Hombre no es alguien que baja del cielo (ya armado, victorioso), como en Dn 7, sino un hombre real (¡Hijo de Dios!), a quien los sacerdotes de Jerusalén y los romanos han condenado por aquello que ha dicho y hecho (cf. 8,31).

c) Ciertamente, Marcos sabe que Jesús Hijo del Hombre vendrá al final del tiempo, en una línea parecida a la del libro de Daniel (cf. Mc 13,26), pero él ha tenido y tiene una verdadera historia humana, que Marcos ha querido contar, contando su muerte (las causas de su muerte) y su resurrección.

Algunas circunstancias de los libros de Daniel y Marcos son, por tanto, semejantes (tiempos de gran crisis, posible destrucción de Jerusalén), pero el argumento principal y el desenlace son distintos. Según Marcos, Jesús no ha sido un macabeo que se levanta en armas contra los sirios/romanos, ni un Hijo del Hombre que baja del cielo para recibir todo el poder y la gloria, sino un judío galileo que anunciaba el Reino de Dios sin emplear armas para ellos y que ha muerto (ha sido asesinado) por buscarlo. En su contexto, Daniel escribió un libro de visiones apocalípticas, diciendo lo que ha de pasar, en lenguaje cifrado, apelando a la intervención de seres «sobrenaturales» (Hijo del Hombre, grandes ángeles, luchas celestes). Marcos, en cambio, ha narrado la «historia humana» de Jesús, que no es un ser «sobrenatural», sino el Hijo de Dios, siendo un hombre que ha buscado y proclamado el Reino de Dios, y murió por ello.

Cuando *Pablo* (el convertido de Damasco, que inició en aquella iglesia su tarea, entre el 32-35 d.C.) hablaba de Jesús en la última etapa de su vida misionera (49-56 d.C.), parecían todavía más cercanas las visiones de Daniel, pues él no se interesaba por la historia de Jesús según la carne, sino por su elevación pascual y su venida salvadora desde el cielo (cf. Rom 1,3-4; 1 Tes 1,9-10). *Marcos* en cambio (escribiendo, al parecer como portavoz de aquella misma iglesia de Damasco, años más tarde: 70-75 d.C.) estaba muy interesado por la «historia carnal» (y, al mismo tiempo, pascual) de Jesús, que es Mesías e Hijo de Dios en su propia vida humana, y por eso la ha contado, desde su bautismo en el Jordán (Mc 1,9-11) hasta su muerte en Jerusalén (Mc 15,22-47).

Marcos piensa que el mismo Jesús de la historia es el «resucitado», Hijo de Dios. Por eso, tras la guerra del 66-70 d.C. (o tras el 73, con la toma de Masada), en circunstancias parecidas a las del tiempo en que había compuesto sus visiones el autor de Daniel (recreando también tradiciones anteriores), escribió el «evangelio de Jesús», esto es, el libro de historia de aquel que ha sido ajusticiado precisamente en Jerusalén (ciudad que también será destruida, con su templo), pero que está resucitado (Jesús, no el templo), de manera que su mensaje puede y debe retomarse en Galilea).

Marcos compuso de esa forma el Evangelio, es decir, el libro de la victoria del crucificado, no un libro de visiones del Hijo del Hombre, que triunfará desde arriba, defendiendo a la vieja Jerusalén, como hizo Daniel. Y lo ha escrito para que los seguidores de Jesús retomen su mismo camino, pero en Galilea (no en Jerusalén, ciudad de sepulcros), para seguir anunciando y preparando de esa forma el Reino (cf. 16,1-8), que ha de extenderse a todos los pueblos (13,10; 14,9). Así ha contado la «historia» del evangelio de Jesús crucificado, a quien Dios no «salvó» de la muerte (como a los buenos judíos del tiempo de los macabeos), sino que le hizo Mesías (Hijo suyo), precisamente por su fidelidad hasta la muerte.

De esa forma indicó que el resucitado (Hijo del Hombre) no es alguien que vendrá simplemente al final, ni un ser superior, de otra esfera divina (como algunos pensaban que decía Pablo), sino el mismo Jesús hombre, que ha vivido y muerto al servicio del Reino de Dios. Jesús no fundó externamente el Reino de Dios, con violencia (como podía haberlo hecho el Hijo del Hombre de Daniel), sino que lo hizo compartiendo la vida y sufrimiento de los hombres, y muriendo crucificado. Jesús actuó, según eso, de la forma más humana (y más divina), como creyente israelita, que asume de un modo radical la profecía mesiánica, y como un hombre realista de la historia. Desde este punto de vista ha escrito Marcos el «evangelio», es decir, la Buena Nueva de la vida y de la muerte de Jesús resucitado, pues en ella se revela Dios y alcanzan salvación los hombres.

Marcos sabe y dice, por tanto, que Jesús ha resucitado (es decir, que vive en Dios) y que está presente y debe venir, como portador y primicia del Reino que había anunciado subiéndolo a Jerusalén. Pero no ha querido ni podido escribir una vida puramente pascual de ese Jesús, como si fuera un ente supraterráneo, quizá parecido a los ángeles, pero no a los hombres y mujeres de carne y hueso, sino que ha escrito la historia de un hombre real, como fue y es Jesús de Nazaret, desde su nuevo «estatus» de resucitado.

Esta es la trama de Marcos, esta su gran aportación, algo que nadie había conseguido previamente (que sepamos): escribió la «vida» humana de Jesús (los hechos principales de su historia, su mensaje, sus gestos «milagrosos», su llamada a los discípulos, su ascenso a Jerusalén, su muerte), pero sabiendo y mostrando que esa era la historia del Mesías resucitado, descubriendo allí la mano y las huellas de Dios. No escribió, por tanto, una crónica de los hechos externos que ocurrieron en torno a Jesús (o de las cosas que realizó en el pasado), sino un Evangelio de recuperación pascual de la historia de Jesús, que le permitió entender y actualizar lo que él (ese Jesús) había sido, como mensajero del Reino de Dios, fijándose de un modo especial en su muerte.

En esa línea, el evangelio es, por tanto, un proceso de re-conocimiento de Jesús, esto es, una toma de conciencia (un caer en la cuenta) del contenido pascual (es decir, salvador) de las cosas que dijo y que hizo, tal como culminaron en su muerte. Ciertamente, tiene rasgos de «crónica»: recoge y relata muchas cosas de la historia de Jesús. Pero esta es una his-

toria contada desde la fe, por alguien (por una comunidad) que «ha caído en la cuenta» del contenido más hondo de la historia de Jesús, reelaborando así aspectos y matices de su vida que habían pasado inadvertidos para otros testigos oculares, incluso entre cristianos.

Esto significa que Marcos ha narrado la historia «desde el otro lado», desde el fracaso «humano» y la pascua mesiánica de Jesús, mejor dicho, desde el descubrimiento de la muerte salvadora de aquel que había venido, de parte de Dios, para pregonar la llegada de su Reino. Marcos sabe que no solo no llegó (externamente) el Reino anunciado, sino que a Jesús, su Mensajero, lo mataron, de una forma que es definitiva, pues no hay posible vuelta atrás y no se puede seguir esperando a Jesús en Jerusalén, al modo antiguo (como parecen haberle esperado Roca y los Doce con Jacob, y como otros esperaban al Hijo del Hombre de Dn 7), para que cambie el curso de la historia anterior.

Frente a los que esperaban un «retorno glorioso de Jesús» Hijo del Hombre (allá, en Jerusalén, al modo antiguo), Marcos quiso abrir a los cristianos otra puerta de evangelio, para que descubrieran la mano de Dios (nueva humanidad) en el mismo camino de muerte de Jesús, sin vuelta atrás, saliendo ya de la ciudad del templo (16,6-7). Por eso, el joven de la pascua dice a las mujeres que abandonen Jerusalén (lugar de tumbas), para reiniciar el evangelio desde Galilea.

Esta es la novedad de Marcos, y ella ha marcado todo el cristianismo posterior, en una línea cercana a la de Pablo, aunque con matices que Pablo no había descubierto o señalado: Jesús es Mesías de Dios precisamente porque ha muerto por los demás, es decir, porque le han matado los que rechazaron su mensaje. Esta certeza, que se expresa en forma pascual (¡Jesús ha resucitado!), permite que (a diferencia de Pablo) Marcos vuelva al principio de la historia de Jesús (cf. 1,1.14) y descubra de manera intensa el sentido de sus hechos y palabras en Galilea, lugar donde Jesús nos envía para que podamos verle allí, siendo testigos de la pascua, como ha dicho el joven de la tumba vacía a las mujeres (16,7).

He querido que el lector haga el camino de Galilea, para ver desde allí a Jesús, con los ojos de Marcos, y leer otra vez su evangelio, como si fuera el primer día. Sin duda, él podrá advertir que en el fondo de mi comentario hay muchas horas de lectura y reflexión bíblica (¡he tenido la fortuna de poder dedicarme a ello!). Pero lo que más me ha interesado es que el lector pueda situarse personalmente ante el texto.

He procurado así que Marcos hable, poniendo de relieve la cercanía, pero también la distancia del texto, procurando de diversas formas que no tomemos su evangelio como simple rutina, que no lo veamos como una obviedad, lo más normal, sino que lo acojamos y sigamos leyendo y viendo como una historia extraña, la gran paradoja de la historia humana del Hijo de Dios. En esa línea quiero prevenir a mis lectores, repitiendo que el libro de Marcos, complejo y simple, como he dicho, sigue siendo

un texto extraño, alejado de las convenciones literarias, sociales y espirituales de nuestro tiempo de antaño y hogaño. Por eso he querido que el lector siga situándose ante la intensa diferencia de un evangelio.

La extrañeza y el escándalo no está en mi comentario, sino en Marcos, un texto que puede revolucionar la vida de sus lectores. He querido mantener esa extrañeza, dejando que el texto diga lo que tiene que decir, sin querer amordazarlo con mis erudiciones. En esa línea, como muestra pequeña, aunque significativa, de la extrañeza del texto, he querido, por ejemplo, que Simón, a quien normalmente solemos llamar Pedro, aparezca con su mote Roca (que eso significa el apelativo que Jesús le puso en 3,16). También me ha parecido conveniente que los dos «santiagos» (el Zebedeo y el hermano de Jesús) conserven su nombre original Jacob (pues Santiago es un nombre compuesto de tipo cristiano que puede desorientar a los lectores).

Pero eso de los nombres no es más que un pequeñísimo matiz, pues la extrañeza se encuentra a otro nivel mucho más hondo, en la raíz de la novedad cristiana, que Marcos ha sabido plasmar mejor que nadie, atreviéndose a contar la historia humana de Dios, que se identifica con el mensaje de Jesús, con su entrega a favor de los demás y con su muerte en Jerusalén, en manos de aquellos que rechazaron su proyecto. Nadie había contado así esa historia. Nadie lo hará después con la hondura y radicalidad de Marcos. Por eso, su libro sigue siendo la «buena noticia» por excelencia, el testimonio originario de la Vida de Dios que vive en Jesús, con los que viven y mueren, adelantando la llegada del Reino de Dios (cf. 1,14-15). Así lo he querido entender y comentar en las páginas que siguen.

Los lectores podrán ver, por la bibliografía, que hay muchos comentarios sobre Marcos (algunos muy buenos), y también libros de especialidad que estudian sus diversos rasgos, como iré mostrando en el cuerpo de este libro, pero sin querer ser exhaustivo, cosa que resulta imposible, dado el acervo de materiales que existen sobre el tema. No puedo ni quiero competir con algunos de esos comentarios, ni en el plano literario (estudiado por M. Navarro), ni en el histórico (analizado por R. Pesch), ni en el exegético (en el que sobresalen J. Gnilka y J. Marcus, por poner dos ejemplos), pero puedo ofrecer una aportación de tipo histórico-teológico-narrativo, y así quiero destacarlo.

a) Desde un punto de vista *histórico*, he situado este evangelio en el contexto de la guerra judía (66-70 d.C.), desde el interior del despliegue de las comunidades cristianas, pues pienso que la figura de Jesús de este evangelio solo se puede entender en ese trasfondo.

b) Desde el punto de vista *teológico*, he puesto de relieve la aportación decisiva de Marcos en el despliegue de la identidad y conciencia de la Iglesia, al identificar al Cristo pascual (resucitado) con el mismo Jesús de la carne, de la historia; sin ella hubiera sido muy difícil el desarrollo y «triumfo» del cristianismo, tal como nosotros lo conocemos.

c) Finalmente, he querido respetar el carácter *narrativo* del texto: Marcos no razona, ni demuestra, sino que narra la historia de Jesús, componiendo de esa forma su «figura», como punto de partida y centro de un compromiso de evangelio.

A lo largo de este comentario (que he definido como histórico-teológico-narrativo) he querido mantenerme fiel al texto, analizando paso a paso sus signos y palabras, y descubriendo, de esa forma, aportaciones y matices que no había imaginado. Solo me queda desear a mis lectores una buena travesía de evangelio, siguiendo las huellas de Marcos, con mi comentario. Solo deseo que ellos puedan sentir la constante sorpresa que he sentido, y gozar como he gozado (y más aún que yo) leyendo y repasando por cuarta vez, de una forma que, para mí, será definitiva, el duro, emocionado, esplendoroso, evangelio de Marcos.

Para que se entienda y sitúe mejor lo que digo, comienzo con una introducción relativamente extensa, en la que presento el origen y sentido del término «evangelio», con el origen, autor y mensaje del texto de Marcos, tal como ahora lo conservamos. Por la bibliografía podrán descubrirse mis orientaciones académicas. Las siglas que añadido al final servirán para facilitar la lectura del texto.

Solo me queda señalar que el contenido de este libro sigue dirigido en primer lugar a los alumnos y estudiosos de Biblia e historia de las religiones a quienes lo expuse durante muchos años (y en especial entre 1989 y 2003) en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Debería recordar de un modo detallado a muchos compañeros y amigos que me han acompañado durante más de cuarenta años en la lectura de Marcos, pero es imposible citarlos a todos. Sirvan como referencia estos cuatro, cuyas obras sobre Marcos y los evangelios he citado en la bibliografía. *Francisco de la Calle* fue el primero que me enseñó a leer a Marcos, en los años 60 del siglo pasado. Con él debo citar a *Mercedes Navarro*, colega y amiga, cuyo comentario de Marcos es importante en un plano literario, narratológico. Otro amigo y colega, *Joaquín Martínez*, me ha permitido formular con cierta hondura algunos temas vinculados al aprendizaje mesiánico (histórico y textual) del Jesús de Marcos. Finalmente quiero recordar a *Senén Vidal*, compañero antaño, en la Universidad Pontificia de Salamanca, especialista en la historia de los textos del Nuevo Testamento, y en especial de Marcos.

Evidentemente, mi mayor agradecimiento sigue siendo para Mabel, mi mujer. Solo ella sabe (y ha sufrido) lo que significa ultimar, día tras día, semana tras semana, año tras año, una obra como esta.

San Morales de Tormes
Verano de 2011

INTRODUCCIÓN EL EVANGELIO DE MARCOS

Para entender mejor mi comentario, y el texto de Marcos, empiezo desarrollando, a modo de introducción, cuatro temas preliminares. a) *Título: evangelio*. Comienzo analizando el sentido del título y tema de Marcos (evangelio), en la tradición de Israel (Segundo Isaías), en la vida de Jesús y en el mensaje de Pablo. b) *Entorno histórico: de Jesús a Marcos*. Evoco después los acontecimientos principales que van de Jesús a Marcos, para entender mejor los temas y motivos centrales de su evangelio. c) *Un texto concreto: el libro de Marcos*. Me ocupo del libro en sí, procurando fijar su origen y sentido principal. d) *Una lectura: situarse frente a Marcos*. Ofrezco finalmente unas claves de interpretación del texto, para entender de esa manera el comentario.

Esta será una introducción extensa, pues en ella quiero analizar algunos de los grandes problemas que suscita el evangelio de Marcos, tal como han sido estudiados de forma apasionada en los dos últimos siglos. No puedo entrar en cuestiones puramente técnicas, aunque a veces las evoco (sobre todo en las notas a pie de página), pues, más que resolver problemas técnicos, este comentario ofrece una ayuda para entender el texto. Evidentemente, quien conozca ya el sentido y el primer despliegue del mensaje de Jesús y de la Iglesia, hasta el surgimiento de Marcos, y conozca también los rasgos principales de su texto, con las claves de lectura que deben emplearse para interpretarlo, puede prescindir de esta introducción y pasar directamente al comentario.

A. TÍTULO: EVANGELIO

Estrictamente hablando, el título del libro de Marcos no es (*El*) *evangelio de Jesucristo*, sino *El comienzo del evangelio...*, como indicaré en el comentario (1,1); pero la palabra clave es *evangelio*, y ella definirá no solo el cristianismo (como religión evangélica), sino el tipo de libro en que se expone el cristianismo, como este de Marcos y otros que han sido admitidos en el canon de la Iglesia (Mateo, Lucas y Juan) y multitud de «apócrifos», que no han sido avalados oficialmente por la Iglesia, pero que han tenido gran influjo en ella. Por eso es importante fijar el sentido de esa palabra (*evangelio*), empleada por el Segundo Isaías, por Jesús y, en especial, por Pablo, pues ella nos permite situar y entender mejor a Marcos¹.

1. Sobre el origen y surgimiento de los evangelios, cf. en especial H. Köster, *Ancient Christian Gospels: Their History and Development*, SCM, Londres 1990, y S. Guíjarro, *Los cuatro evangelios*, Sígueme, Salamanca 2010. Cf. además A. E. Bernhard, *Other Early Christian Gospels. A Critical Edition of the Surviving Greek Manuscripts*, Clark, Londres 2006.

1. UNA PALABRA, UN SÍMBOLO

Al identificar la historia de Jesús y de su mensaje como «evangelio», es decir, como la Buena Nueva de Dios, cuyo principio se sitúa en la acción de Juan Bautista (un profeta judío de conversión), y cuyo contenido se concreta en un libro, Marcos ha tomado una opción trascendental para el cristianismo. Él no ha inventado la palabra (*evangelio*), pero la ha matizado, de un modo importante, como seguiremos viendo.

La palabra *evangelio* deriva del griego *eu-angelion*, buena noticia, y, propiamente hablando, significa el mensaje del *eu-angelos*, ángel bueno o mensajero favorable de los dioses. En el fondo parece haber una antigua experiencia de los antiguos persas, retomada por los griegos, que han tomado a los «ángeles» de Dios como enviados, mensajeros, de su acción y su presencia. El *eu-angelos* (evangelizador) será, por tanto, el ángel bueno, y *eu-angelion* (evangelio), su mensaje de dicha o salvación: la Buena Nueva de gozo, de victoria militar y paz ya lograda, que anuncia de manera solemne el mensajero jubiloso, el *eu-angelos* del pueblo.

En ese sentido, evangelio es un anuncio de victoria y liberación: el pueblo, antes dominado por la angustia de la guerra y por el miedo de la muerte, el pueblo que corría el riesgo de caer en manos de enemigos (o que estaba ya cautivo), recibe la noticia (*jalegría, hemos vencido!, khairé, níkhômen*) que aparece como transmisora de un gozo muy profundo para el pueblo, una experiencia de liberación y vida.

a. *Evangelio de Augusto y de Jesús*

El evangelio implica, según eso, la noticia de una liberación ya realizada y un anuncio (promesa) de felicidad para el futuro. Es salvación o *sôteria* para los antes cautivados y oprimidos es garantía de libertad, bajo la protección divina. Así puede presentarse como fortuna o buena suerte (*tykhê*), y como recompensa de Dios (o de los dioses), incluyendo un aspecto político.

– *Un anuncio imperial*. En tiempos de Jesús se conocía y propagaba el «evangelio del Imperio» (de Roma), como muestra una inscripción del año 9 a.C., hallada en *Priene*, Asia Menor, donde se recoge y proclama el nacimiento de Augusto, como fecha en la que comenzaron las buenas noticias (*euangelia*), pues aquel nacimiento abrió una nueva era de paz y prosperidad para los pueblos. Esa inscripción describe a Augusto como *sôter* o salvador, portador de fortuna (*tykhê*), fundamento de paz y presencia de Dios para los habitantes de su imperio. El evangelio se sitúa, según eso, en un plano que se encuentra de algún modo ocupado por la religión imperial, en la que van unidas la presencia o revelación de Dios con la política.

– *Jesús y Augusto*. Algunos investigadores, tomando como punto de partida el anuncio del natalicio de Jesús en Lc 2,10, piensan que la misma noción y contenido cristiano de evangelio (que es el título del libro de Marcos) debería entenderse partiendo del culto al *Basileus* o Señor (Emperador) de Roma, aunque ahora la

buena noticia que salva no sería ya el nacimiento de un Emperador Sagrado (Augusto), sino el del Mesías de Israel, a quien los cristianos interpretan como Hijo de Dios y Salvador universal, iniciando así la construcción de un «imperio» distinto, llamado Reino de Dios o Iglesia².

– *Evangelio de Jesús*. Sin negar cierta oposición al Imperio romano, el evangelio cristiano se arraiga, más bien, en el anuncio salvador de Dios en las Escrituras de Israel (tal como aparecen en los profetas), y se concreta en la vida y mensaje de Jesús, a quien sus seguidores conciben como Hijo de Dios y *Kyrios* (Señor) del universo, no solo de un imperio, aunque sea grande, como el de Roma, sino de la humanidad entera e incluso del mismo cosmos. Así lo ha proclamado Pablo, cuando habla del nacimiento del Hijo de Dios en la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4,4); así lo ha fijado Marcos en un libro, que se titula precisamente «evangelio de Jesús, el Cristo/Mesías, Hijo de Dios» (Mc 1,1), y que él ha escrito no para contar la aparición del «divino Octavio, Augusto/Supremo, Hijo divino», sino la historia de Jesús, Hijo del Hombre, en el contexto de la esperanza y tradición mesiánica de Israel³.

Por eso, superando (y quizá criticando) los anuncios natalicios del emperador, para comprender e interpretar el evangelio de la historia y pascua

2. Cf. G. Friedrich, *Euangelion*, TDNT 2, 724-725.

3. El evangelio de Marcos nos sitúa en un contexto dominado por el César, pero se ocupa de «las cosas de Dios» (12,13-18; cf. 8,33), y sabe que Jesús ha sido condenado a muerte por el representante del César en Judea (cf. Mc 15,1-44 par). Ciertamente, entre el César y Cristo hay semejanzas estructurales, pero sus proyectos no se identifican, en contra de lo que ha querido F. Carotta, *Jesus was Caesar: On the Julian Origin of Christianity*, Gazelle Books, Lancaster 2004 (cf. www.carotta.de/). Jesús no es una variante judía del César, pero, en un sentido, lo que él dice y lo que hace, en el momento en que lo dice y hace, solo puede entenderse, en aquel tiempo, en contraste con el signo del Imperio romano.

Jesús fue un judío galileo (de una provincia que parecía marginal en el Imperio) y, más en concreto, un galileo artesano (trabajador por cuenta ajena), pero, desde su aparente marginación y opresión, él fue capaz de enfrentarse a los mayores problemas económicos y políticos, culturales y religiosos que la presencia de Roma estaba planteando en Galilea y Jerusalén. Marcos presenta a Jesús como heredero de las tradiciones de Israel (ha venido a «refundar» el judaísmo), de forma que él no ha venido a enfrentarse contra Roma, sino a cumplir las profecías de Israel, pero sabe también que Jesús se ha situado ante la problemática planteada por el César y, de un modo más concreto, por sus representantes (Poncio Pilato, gobernador de Judea-Samaria; y Herodes Antipas, rey/etnarca vasallo de Galilea).

En ese contexto podemos afirmar que César (y su heredero Augusto) y Jesús (que se presenta como cumplimiento de las profecías de Israel) ofrecen las dos aportaciones básicas del mundo occidental antiguo, uno en línea más política (César), otro en línea de humanidad integral (Jesús). Además, sus mismas biografías tienen varios elementos de contacto. Los dos han sido asesinados por sus enemigos, y su memoria ha pervivido y se ha expresado (ha triunfado) a través de sus sucesores: en un caso por el Emperador (único César), en otro caso por los cristianos (que aparecen vinculados todos ellos a Jesús, el Cristo del evangelio).

de Jesucristo (= Jesús es Cristo), proclamado por Pablo y condensado biográficamente por Marcos, hemos de apoyarnos en las Escrituras de Israel (cf. Mc 1,2-4). Partiendo de Marcos, el anuncio pascual de Jesucristo, proyectado en el camino de su vida (mensaje, muerte, resurrección), se ha explicitado después (tras el 80 d.C.) en otros libros, algunos recibidos por la Iglesia como canónicos (Marcos, Mateo, Lucas y Juan) y otros considerados apócrifos (Tomás, Jacob, Felipe, etc.), de los que aquí no trataremos.

b. *Evangelio cristiano*

El término *evangelio* tiene, por tanto, un contenido social y político. Pero su sentido más profundo, dentro de Israel, está ligado a los profetas mesiánicos, y en especial al Segundo Isaías (Is 40-56), como indicaré en el próximo apartado. Pero, antes de ello, para situar mejor el tema, y tener así una referencia, quiero presentar, a modo de resumen, su sentido cristiano, en la línea de Pablo y de Marcos.

1) *Evangelio es la Buena Nueva del Dios que actúa y salva*, y así lo ratifica Marcos cuando afirma que Jesús proclamaba el «Evangelio de Dios» (1,14; cf. Rom 1,1), un mensaje que no trata de «Dios en sí» (tema que podría estar desarrollado en unos libros de metafísica o de teodicea), sino de su manifestación salvadora, tal como se centra y condensa en el anuncio de la llegada del Reino de Dios, que es muy distinto del reino del César (cf. Mc 1,15; 12,17). El evangelio es la buena noticia del reinado de Dios (que se inicia con la transformación de Israel), no de su esencia general (ni de su existencia celeste), sino de su *kairos*, es decir, de su venida: es la implantación mesiánica de su presencia salvadora sobre un mundo donde dominaba Satán (cf. 1,12-13). Este es el anuncio salvador, el mensaje básico de Marcos (y de Pablo). Implícitamente, al presentar la venida y obra de Dios como evangelio, Marcos se está oponiendo a la visión oficial (imperial) del Evangelio de Augusto.

2) *La buena noticia del Evangelio de Dios se identifica con el triunfo y presencia pascual de Jesús, el Cristo*, que ha proclamado e iniciado la llegada del Reino de Dios, entregando por ello su vida, siendo ajusticiado por el representante del César, pero «aceptado» (resucitado) por Dios (Mc 8,27-33; cf. 14,61-63). Estrictamente hablando, Pablo identifica el evangelio con la presencia pascual de Jesús resucitado, silenciando casi totalmente su vida (cf. especialmente Rom 1,3-4 y 1 Cor 15,3-9). Pues bien, a diferencia de Pablo, Marcos identifica el evangelio no solo con la muerte y resurrección, sino con toda la vida mesiánica de Jesús, desde su bautismo (cf. 1,11-12); por eso identifica el Evangelio de Dios (1,1.14) con la vida y misión de Jesús (cf. Mc 8,35; 10,29), tal como culmina en la pascua (cf. 14,9).

3) *Finalmente, evangelio es la vida y palabra de los seguidores de Jesús*, que creen (aceptan) su mensaje (cf. 1,15) y lo encarnan en su propia vida, aun con riesgo de morir por ello (8,35; 10,49), comprometiéndose a proclamarlo en todo el mundo (cf. 13,10; 14,9). Marcos se sitúa de esa forma en la línea de Pablo, cuando identifica mensaje cristiano y evangelio (cf. Rom 1,15-17; 1 Cor 17; Gal 1,6; etc.). Según eso, los seguidores y mensajeros de Jesús constituyen el auténtico «evangelio», portadores del auténtico mensaje y camino de salvación. Contando la vida de Jesús como evangelio, Marcos cuenta, al mismo tiempo, la vida de sus seguidores, que ofrecen la verdadera alternativa al imperio del César.

De esa forma quedan ya fijados los tres niveles del evangelio según Marcos y Pablo. Pues bien, para entenderlos mejor tenemos que volver al principio, que fue Juan Bautista, tal como lo anuncia el libro de Isaías (Mc 1,1-4), con el que comenzamos.

2. COMO ESTÁ ESCRITO EN EL LIBRO DE ISAÍAS

Marcos ha empezado señalando cuidadosamente el principio del evangelio (1,1), añadiendo que ha sucedido y que debe entenderse tal «como está escrito en el (libro del) profeta Isaías: he aquí que envío a mi mensajero...» (1,2-3) ⁴. Solo en ese contexto de profecía israelita, representada de modo ejemplar por Isaías (y no por pura oposición al «evangelio del César») se entiende su libro. En esa línea, podríamos decir que el libro de Marcos (y todo el cristianismo) constituye de algún modo una reescritura mesiánica, ya cumplida, del mensaje de Isaías ⁵.

a. La buena noticia de la vuelta del exilio

Significativamente, el hebreo del Antiguo Testamento no tuvo que componer una palabra (como el *eu-angelion* griego) para expresar la Buena Nueva de la salvación, porque esa palabra ya existía (*besorah*) y significa

4. Sobre esa cita de «Isaías» (Mc 1,2-3) tomada de Ex 23,20, Is 40,3 y Mal 3,1 LXX hablaré en el comentario.

5. Como seguiré diciendo, el término griego *eu-angelion*, buena noticia, no fue empleado de manera técnica por Jesús, ni por sus primeros seguidores de Jerusalén o Galilea, sino por los cristianos helenistas (a quienes presenta parcialmente Lucas en Hch 6-7), que «tradujeron» el mensaje-vida de Jesús en términos más universales, utilizando para ello la cultura griega. Pero, en contra de algunos exégetas que han dicho que entre el cristianismo hebreo-palestino y el griego-universal hubo un corte estricto (añadiendo que el cristianismo lo inventaron los helenistas o Pablo), debemos recordar que no se puede hablar de una cesura estricta, pues los cristianos helenistas no inventaron el cristianismo, aunque tradujeron y formularon en un contexto nuevo (que será el de Marcos) la experiencia de Jesús y sus primeros seguidores.

Esos helenistas tradujeron al griego y acuñaron una serie de términos básicos del cristianismo, como *Basileia tou Theou* (Reino de Dios), *Kyrios* (Señor), *Apostolos* (Apóstol), *Pistis* (Fe), *Apokalypsis* (Revelación) *Ekklesia/Iglesia*. Ellos parecen haber sido los que tradujeron el término *Besorah* de Isaías como *Euangelion* (Evangelio), ofreciendo así nuevas claves para entender el mensaje cristiano. En base a esos términos, y de la reinterpretación del mensaje de Jesús como nuevo éxodo, ha fundado Wright (*NT and the Victory of the People of God; Jesus and the victory of God*) su visión del cristianismo. Siendo interesante, esa visión resulta quizá algo estrecha, como seguiré indicando, pues en Jesús se han condensado también otras experiencias mesiánicas.

buena noticia, anuncio de victoria y libertad para los oprimidos, aunque se empleaba sobre todo en su forma verbal, *bissar*, que significa anunciar noticias buenas y gozarse en ellas. Así lo ratifica el *Segundo Isaías* (Is 40-55), en quien culmina la gran historia de la profecía israelita, entre el 550 y 540 a.C., empleando el participio activo de ese verbo (*mebasser*), que significa «evangelizador»: aquel que anuncia la buena noticia de Dios, el heraldo o mensajero de la liberación.

Los judíos deportados en Babilonia oscilaban por entonces entre la desesperanza por el fracaso (¡todo ha terminado!) y un tipo de ilusiones falsas, de carácter escapista. En ese contexto, un profeta de nombre desconocido, que la tradición ha situado en la línea del antiguo Isaías (y ha incluido en su libro), eleva su voz fuerte de esperanza y exigencia. A su entender, el plazo del castigo de Dios y de la ruina se ha cumplido, y de esa se abre un tiempo nuevo de revelación de Dios y de esperanza (Is 40,1-4). Sobre esta base presenta este profeta su buena noticia:

Súbete a un monte elevado, evangelizador (*mebasser*) de Sion,
grita con voz fuerte, no temas, evangelizador de Jerusalén;
di a las ciudades de Judá: ¡Aquí está vuestro Dios!
Mirad: Yahvé se acerca con poder, él domina con su brazo.
Mirad: él trae su salario y su recompensa lo precede (cf. Is 40,9-10).

Esta es la noticia que anuncia el *mebasser* o evangelizador, esta es la Buena Nueva de la libertad para los judíos oprimidos y cautivos. Ese *mebasser*, a quien el texto griego de los LXX ha traducido rectamente como *euangelidsomenos* o evangelizador, es un personaje misterioso, de carácter poético-religioso. Ciertamente, no es un simple ser humano, en el sentido normal de la palabra, sino un ángel de Dios, su presencia liberadora. Ese ángel vuela y aparece en las montañas que rodean a Sion, ciudad de ruinas y llanto, con la gran noticia de la venida de Dios, que antes parecía vencido y cautivado (en el exilio), y que ahora llega y actúa de forma liberadora.

Este evangelizador anuncia la noticia radical de la victoria de Dios, que ha derrotado a los poderes perversos y que ahora viene a presentarse como principio superior de vida, fundamento de alegría y plenitud para los cautivos de su pueblo. Ciertamente, esta «victoria de Dios» se manifiesta de un modo político y social, pero implica una gran transformación, un cambio completo en la vida de los antes cautivados. Ese evangelizador o *mebasser*, heraldo o mensajero de Dios, está encargado de anunciar su victoria en la Ciudad y en su entorno (Jerusalén y Judá), y de esa forma instaura el tiempo de alegría que se extiende entre el anuncio de la victoria que ha empezado ya su completo cumplimiento.

Así lo muestra otro pasaje, cargado de poesía: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del evangelizador (*mebasser*) que anuncia la paz, del evangelizador bueno que anuncia salvación! De aquel que dice a Sion: ¡Tu Dios Reina! Escucha la voz de los centinelas, que cantan a coro pues contemplan cara a cara a Dios que vuelve a Sion. Cantad a coro, ruinas de Je-

rusalén... pues los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios» (Is 52,7-10). Así, como mensajero de la paz y plenitud de Dios para su pueblo iniciará y anunciará su mensaje el Jesús de Marcos.

b. El evangelio como victoria y reinado de Dios

Siendo plenitud de vida para los hombres (los israelitas), el evangelio es victoria de Dios. La caída y cautiverio de los hijos de Sion parecía una derrota de Dios. Pero el tiempo de la derrota se ha cumplido (cf. Mc 1,15): Dios ha «derrotado» a los opresores de su pueblo y se ha sentado ya en su trono como Rey de los antes oprimidos. La Buena Nueva o Evangelio viene a concebirse así a manera de revelación de Dios, que ha empezado ya a reinar.

Por eso, el evangelizador corre alegre por los montes y se acerca hasta Sion para anunciar allí el reinado de Dios, cuyo tema aparece en varios salmos de entronización real: «Cantad a Yahvé un cántico nuevo, evangelizad (*bassru*) día tras día su victoria... Decid a los pueblos: ¡Yahvé es rey! Alégrese el cielo, goce la tierra..., delante de Yahvé que llega, ya llega a regir la tierra» (Sal 96,2.10.11.13).

También aquí *evangelizad* (LXX Sal 95,2: *euangelidsesthe*) significa proclamar la Buena Nueva de la victoria y del reinado de Dios. Este anuncio de victoria define, al mismo tiempo, *el sentido de Dios*, que actúa de forma salvadora, y *el destino del profeta* (de Israel), que colabora con su vida y palabra en esa acción de Dios. Desde esta perspectiva se entenderá el mensaje de Jesús que, según Mc 1,14-15, ha venido a proclamar la llegada del Reino, es decir, el evangelio, subiendo después precisamente hasta Jerusalén, para ratificar allí su mensaje (cf. Mc 11) ⁶. En ese contexto de evangelio, Dios aparece, al mismo tiempo, como Señor de la historia y de la naturaleza.

a) *Dios es, por un lado, Señor de la historia*, pues conocía desde antiguo los caminos de los hombres y guiaba los destinos de los pueblos. Ha dejado que dominen por un tiempo los perversos, que su pueblo quede derrotado; pero ahora actúa de forma poderosa y cumple su palabra de promesa (*an-angelia*): «Declarad, aducid pruebas, que deliberen juntos: ¿Quién lo anunció desde antiguo, quién lo predijo (*an-êngele*) desde entonces? ¿No fui yo, Yahvé? ¡No hay otro Dios fuera de mí! Yo soy un Dios justo y salvador y no hay ninguno más» (Is 45,21).

6. Cf. G. Friedrich, *Euangelion*, TDNT 2, 724-725, 707-710. Sobre los textos citados del Segundo y Tercer Isaías, cf. P. E. Bonnard, *Le Second Isaïe, son disciple et leur éditeurs (Isaïe 40-45)*, París 1972; K. Elliger, *Deutero Jesaja (40,1-45,7)* (BKAT 11/1), Neukirchen 1978; Ch. R. North, *Isaías 40-55*, Aurora, Buenos Aires 1960; J. Vermeylen (ed.), *The book of Isaiah* (BETL 81), Lovaina 1989; C. Westermann, *Jesaja 40-66* (ATD 19), Gotinga 1966. Visión general con bibliografía, en O. Schilling, «Basar» (Buena Nueva), en *Diccionario teológico del AT*, Cristiandad, Madrid 1978, I, 861-865.

b) *Dios es, al mismo tiempo, el Señor de la naturaleza*, pues su reinado se despliega no solo en Israel y entre los pueblos («ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua», Is 45,23), sino que se expande sobre todo el universo: «Yo soy Yahvé (el Señor), creador de todo; yo solo desplegué el cielo, yo afiancé la tierra. Yo soy Yahvé (el Señor) y no hay otro: artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz, creador de la desgracia» (Is 44,24; 45,6-7).

De esa forma, *el evangelio de la salvación* se identifica con el descubrimiento de la *divinidad de Dios* y de su acción y reinado en el mundo, tal como lo mostrará Marcos al hablar de la llegada del Reino de Dios (cf. 1,14-15) y, de un modo especial, en los relatos de la tormenta, en los que Jesús aparece como Señor de la naturaleza (cf. Mt 4,35-41; 6,45-52). La buena noticia solo adquiere sentido y es posible porque Dios es divino, porque reina de un modo supremo, uniendo su más alto poder y su más intensa cercanía, de tal forma que nadie puede oponerse a su acción⁷.

c. *Un evangelio vinculado al sufrimiento del mensajero de Dios*

Todo lo anterior nos sitúa ante el tema de *la teodicea del evangelio*, es decir, ante la justificación de Dios como salvador (creador de un mundo y de una historia nueva). Pues bien, de manera sorprendente, esa soberanía cósmica de Dios se expresa a través del sufrimiento del pueblo de Israel, personificado en el Siervo de Yahvé: Dios no anuncia su evangelio desde arriba, en un gesto de magia, que se impone por la fuerza, sino que se introduce en su mismo sufrimiento de los judíos cautivados para transformarlos (como destacará la segunda parte de Marcos, desde 8,27).

Este es una experiencia central del evangelio: «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años... Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con sus crímenes (de ellos). Le daré una multitud como herencia, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores; él cargó con el pecado de muchos e intercedió por los pecadores» (Is 52,9-11). El mismo dolor purifica y se convierte, por medio del Siervo, en fuerza salvadora.

El anuncio de evangelio no es evasión, sino palabra de esperanza desde el interior del sufrimiento de la historia. Solo puede evangelizar aquel que ha sufrido por los demás, solo puede abrir un camino de transforma-

7. Ese mismo Dios que parece presentarse como arbitrariedad suma (¡autor de la paz, creador de la desgracia!), siendo el Dios a quien Mc 4,10-11 (con cita de Is 6,9-10) presentará como predestinador supremo, viene a desvelarse ahora como fuerza de amor que transfigura el sufrimiento de los hombres y como principio salvador en el camino de la historia. En el Segundo Isaías se inicia una «teodicea» cósmica que culminará en Sab. Cf. M. Gilbert, *La critique des dieux dans le livre de la Sagesse (Sg 13-15)*, AnBib 53, Roma 1973.

ción aquel que conoce el sufrimiento (pecado, desgracia) de los hombres. El mensajero de la salvación se introduce, con todas sus consecuencias, en la realidad de un mundo que sufre, en gesto de solidaridad recreadora⁸, actuando como heraldo de salvación para los más pobres: «Te he constituido para decir a los cautivos ¡salid!, a los que estaban en tinieblas ¡venid a la luz!» (Is 49,9).

En esa línea avanza el profeta del Tercer Isaías (Is 56–66) al presentarse como enviado de salvación para los últimos del mundo: «El Espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, porque Yahvé me ha ungido: me ha enviado para evangelizar a los pobres, para vendar los corazones que están rotos, para proclamar la liberación de los cautivos y la libertad de los prisioneros» (Is 61,1).

Ese profeta-siervo no se limita ya a compartir el sufrimiento de los pobres, sino que se presenta como enviado de Dios para evangelizarles (*lebasser anawim, euangelisasthai ptokhōis*), en palabra que asumen Lc 4,18-19 y Mt 11,5-6. Marcos no cita expresamente esa palabra, pero ella está en la base de su texto, a partir de 1,2-3, donde Jesús aparece a la luz del anuncio salvador del profeta final de la tradición de Isaías. Al tomar como clave el término *evangelio*, Marcos sitúa a Jesús en el trasfondo de la esperanza mesiánica del Segundo Isaías, en un contexto radicalmente judío de transformación personal y social de la humanidad⁹.

3. JESÚS Y EL EVANGELIO

Marcos ha interpretado la vida y mensaje de Jesús como «evangelio» de Dios, pero no de un modo arbitrario, sino fundándose en la misma historia de Jesús.

a. Historia de Jesús

Parece que Jesús no utilizó el sustantivo *evangelio* (su equivalente semita *besorah*), sino que centró su anuncio en la Buena Nueva del Reino de Dios. Pero muy pronto, en la primera iglesia helenista, a los dos o tres años de su muerte, los cristianos de habla griega empezaron a emplear esa pa-

8. Estos motivos del libro de Isaías están en la base de la vida y mensaje de Jesús, según Marcos, pero reelaborados de una forma histórico-biográfica. Para situar el tema del Siervo, cf. P. Grelot, *I canti del servo del Signore*, Dehoniane, Bolonia 1983.

9. Así, a modo de conclusión, podemos afirmar que Marcos presenta a Jesús como mensajero del Dios que anuncia la Buena Nueva a Sion (cf. Is 40,9; 51,7), revelando de esa forma su poder de salvación sobre la historia y la naturaleza, en una línea de entrega de la vida (Is 40–55). Por eso es lógico que él haya iniciado su evangelio con una cita de Isaías.

labra (*eu-angelion*) para condensar el sentido de su obra, como hará más tarde Marcos (cf. 1,1,14; 35; 10,29; 13,10 par), cuando titule la historia de Jesús como «evangelio».

Pero al obrar así, los cristianos no han sido infieles al mensaje de Jesús, sino al contrario, lo han entendido muy bien, pues el mismo Jesús histórico anunciaba y preparaba con su vida la llegada del Reino de Dios, actualizando así el mensaje del Segundo Isaías (cf. Mc 1,15). Jesús actuó como profeta mesiánico, creyendo que Dios mismo le había enviado para proclamar su Reino, en una línea cercana al Segundo Isaías, y así decía: Se ha cumplido el tiempo de la antigua servidumbre, ha terminado el plazo del dolor y la condena, viene el Reino de Dios. En esa línea, el término *evangelio* (desarrollado por la Iglesia) asume y traduce el contenido de mensaje del Reino (propio de Jesús), en la línea del Segundo Isaías¹⁰.

Esta certeza de que se ha cumplido el plazo y de que ha llegado el tiempo del Reino, que es victoria de la vida y la gracia de Dios, en un mundo enfermo y lleno de dolores (dominado simbólicamente por el Diabolo), constituye la raíz del mensaje de Jesús. Esta ha sido la «razón» de su proyecto, su «ipsissima vox», aquella palabra central desde la que deben entenderse todos sus restantes gestos y palabras: de perdón y solidaridad con enfermos y excluidos, y, de un modo especial, su venida a Jerusalén para proclamar allí ese mensaje.

En ese contexto debemos entender el contenido radicalmente gozoso de su proyecto. Separándose de Juan Bautista, su maestro, que había destacado más el carácter sagrado y futuro de la acción de Dios y que se había movido en una línea más penitencial (conversión y bautismo, para perdón de los pecados), en Judea/Jerusalén (más cerca del templo), Jesús puso de relieve la presencia del Reino de Dios, que ha llegado, está llegando ya, como experiencia de transformación presente, en la misma Galilea, de manera que Dios se manifiesta ya como amor y salvación para los pobres. En esa perspectiva, se comprende su anuncio jubiloso: «¡Felices vuestros ojos porque ven, vuestros oídos porque escuchan! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que veis y no vieron, escuchar lo que escucháis y no escucharon» (Mt 13,16 par; cf. Is 52,15).

Jesús ha proclamado así la llegada de la felicidad final, como si estuviera ya tocando con sus dedos las puertas del Reino, descubriendo y disfrutando la alegría desbordante de Dios que actúa como salvador, de tal forma que sus oyentes de Galilea superarían muy pronto el pasado de una vida sometida a lo satánico (esto es, a todo lo que impide que los hombres vivan en plenitud). Por eso, él ha podido trascender (no negar) los motivos del juicio y la condena, más presentes en Juan Bautista, para anunciar

10. Cf. U. Becker, «Evangelio», en DTNT 2, Sígueme, Salamanca 1980, 149, y J. Jeremias, *Teología NT*, Sígueme, Salamanca 1974, 133-148. Siguen siendo fundamentales los trabajos de J. Schniewind, *Evangelion* 192-193. Cf. también L. Schottrof y W. Stegemann, *Jesús de Nazaret, esperanza de los pobres*, Sígueme, Salamanca 1981.

e iniciar la Buena Nueva del Reino de Dios. De esa manera, aunque él no haya empleado esa palabra (*evangelio*), podemos afirmar (con Marcos) que todo su mensaje y vida ha sido Evangelio de Dios para aquellos que le escucharon y acogieron su mensaje. En esa clave se entiende el mensaje de las bienaventuranzas, que Marcos no conoce, o que no ha querido introducir en su texto, pero que están en la línea de todo su mensaje: «Felices vosotros, los pobres, porque es vuestro el Reino de Dios. Felices vosotros, los que ahora tenéis hambre... Felices los que ahora lloráis» (Lc 6,20-21) ¹¹.

En esa línea, podemos afirmar que todo su mensaje y su acción sanadora ha sido «evangelio» en sustantivo, todo su mensaje es evangelio, como indica su respuesta que él ofrece a los discípulos de Juan, para quien el «tiempo» no ha llegado todavía: «Anunciad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y feliz aquel que no se escandalice de mí! (Mt 11,4-6; Lc 7,22-23; cf. Is 35,5-6; 41,7; Is 61,1).

De esa manera se identifican en Jesús la palabra del mensaje (anuncio del Reino y bienaventuranza) y su acción «sanadora», que ha de entenderse como escenificación y preparación del Reino. Significativamente, Marcos no conoce (o no quiere citar) esas palabras, quizá porque no quiere insistir en el tema de los pobres materiales, pero todo su evangelio puede (y quizá debe) entenderse como un comentario de ellas, porque él ha centrado la tarea de Jesús en esos milagros.

Ciertamente, el Jesús de Marcos ha recogido también algunos temas, quizá más tardíos, de la apocalíptica, esto es, de la lucha y victoria final de Jesús, enviado de Dios, contra las «fuerzas de Satán» que dominaban este mundo (cf. Mc 1,12-13; 3,23-27). Pero él no aparece solo como un profeta apocalíptico, que anuncia y prepara la llegada de algo que está por venir, sino como aquel que ha vencido «ya» a Satán, de manera que puede «bautizar» a los hombres con el Espíritu Santo (cf. Mc 1,7-8).

Así lo muestra Lucas, en otro contexto, cuando «transmite» el discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí: por eso me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anun-

11. Como enviado escatológico de Dios, en el final del curso de los tiempos, Jesús anuncia la llegada del Reino a los pobres. Su palabra no es teoría sobre aquello que existía desde siempre; no es una enseñanza misteriosa o esotérica que sirve para desvelar unos valores ocultos o profundos que existían ya en las cosas (en la vida de Dios o de los hombres), sino que ella es fuerza creadora: es principio de renovación, poder de Dios, que se hace presente entre los hombres, de manera creadora. Sobre Jesús como iniciador del evangelio cristiano, cf. D. E. Aune, *El Nuevo Testamento en su entorno literario*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1993; G. Stanton, *Jesús y el evangelio*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008; M. Hengel, *The Four Gospels and the One Gospel of Jesus Christ: An Investigation of the Collection and Origin of the Canonical Gospels*, Trinity P., Harrisburg 2000. Entre los libros básicos sobre el mensaje histórico de Jesús, cf. J. D. G. Dunn, *Jesús recordado*, Verbo Divino, Estella 2009, y J. P. Meier, *Un juicio marginal*, II/1, Verbo Divino, Estella 2001.

ciar la libertad a los cautivos, para dar la vista a los ciegos, para liberar a los contribulados, para anunciar el año agradable del Señor» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2; 58,6). Ciertamente, en su forma actual, esta escena ha sido construida por el mismo Lucas, pero ella refleja de manera muy precisa el cometido de Jesús, como evangelizador que anuncia e inaugura el «tiempo de Dios», el año de remisión universal y cumplimiento escatológico: la salvación final que es salud de los enfermos (milagros) y gozo de los pobres.

Marcos no ha citado tampoco ese pasaje (Lc 4,18-19), como no había citado el anterior (Mt 11,4-6), pero todo su libro ha de entenderse en esa línea, como evangelio, y no como apocalipsis (a diferencia del Apocalipsis de Juan). Marcos no trata de las cosas que han de suceder rápidamente, en el fin (Ap 1,1), sino de aquellas que han sucedido ya en Jesús y que se expresan en la vida de su Iglesia.

Desde aquí se entienden los tres rasgos principales, ya citados, del evangelio cristiano: 1) *La raíz del evangelio es Dios que actúa*; la misma vida de Jesús, tal como Marcos la entiende y expone (en perspectiva creyente), es «revelación», Buena Nueva, de Dios para los hombres. 2) *El centro del evangelio es Jesús*, en su misma historia, en la que aparece como aquel que ha realizado la obra de Dios, venciendo a Satanás y «liberando» a los hombres; Marcos lo presenta así como revelación y presencia definitiva de Dios, es decir, como su «Hijo» querido (1,11; 9,7; 13,32). 3) *Los destinatarios del evangelio de Jesús son ante todo los enfermos y excluidos de la tierra*, y en otra perspectiva los creyentes, que deben proclamarlo y expandirlo a todos los confines del mundo (13,10; 14,9). Pues bien, dentro de la Iglesia, Marcos ha «codificado» en forma de libro ese Evangelio de Dios, de Jesús y de los pobres, realizando así una gran tarea y ofreciendo una de las aportaciones más significativas de la historia de la Iglesia cristiana.

b. Mensaje pascual: Jesús como evangelio

La Iglesia ha retomado el evangelio de la vida de Jesús (a quien han matado precisamente por anunciarlo, preparando la llegada del Reino) en la experiencia pascual, pues sus seguidores tienen la certeza de que Jesús (condenado a morir por su fidelidad a Dios) está presente y vive en ella, manteniendo y cumpliendo su obra. Por eso, el evangelio no es la historia de un hombre que simplemente ha fallecido (ha sido ajusticiado), pero tampoco es una simple vivencia espiritual (desvelamiento de la vida «eterna» de un Jesús de tipo angélico), sino la certeza de que el mismo Jesús de la historia ha triunfado en Dios, precisamente por haber fracasado, de tal forma que por eso está vivo y presente en la comunidad de aquellos que creen en él (o que creen por él en el Dios que es la Vida y que le ha resucitado de entre los muertos; cf. Rom 4,24).

El mismo Jesús, que en el tiempo de su historia fue evangelizador o mensajero del Reino de Dios, ha venido a revelarse ahora, por su forma de morir (por su resurrección), como verdad y contenido del mensaje que

anunciaba, preparando la llegada el Reino de Dios. De esa forma, él se presenta ya como Evangelio, anticipo y presencia del Reino, pero no para sustituirlo (y decir así que ha venido ya del todo, en línea espiritualista-gnóstica, o que no vendrá de ninguna forma), sino para implicar de modo nuevo a sus seguidores y amigos en la búsqueda del Reino.

Desde aquí se entiende la novedad cristiana, es decir, la distinción entre el judaísmo mesiánico de Jesús y otros tipos de judaísmo (más sacerdotal o farisaico: rabínico), una distinción que constituye el argumento central de Marcos, que va mostrando cómo el movimiento de Jesús, que ha surgido del judaísmo (y es judío), ha logrado tener su identidad, centrada en el carácter «divino» de Jesús y en la apertura universal de su evangelio. Por tomar esta opción, el cristianismo (mesianismo) del Jesús de Marcos, ha empezado a ser rechazado no solo por otros grupos judíos, en torno al año 70 d.C., unos cuarenta años después de la muerte de Jesús, sino también por otros grupos judeocristianos, que preferían mantener la identidad nacional judía del cristianismo.

En ese sentido, debemos añadir que el evangelio de Marcos propone una teología y una práctica eclesial que se distingue de la teología y práctica que siguen otros grupos cristianos, que insisten más en la matriz nacional judía (o que son más proclives hacia un tipo de gnosis donde se diluye la historia de Jesús). Retomando las tradiciones de Jesús en una línea semejante a la de Pablo, Marcos ha escrito un evangelio programático (una visión general del cristianismo), pero también polémico, pues se sitúa frente a otros tipos de judaísmo y cristianismo.

Los judíos no cristianos estarían dispuestos a valorar y aceptar otros aspectos de Jesús, pero no lo pueden tomar como «evangelio», es decir, como revelación definitiva de Dios y camino universal de salvación. Otros cristianos, de línea más nacional-judía (como los de Jacob, e incluso los Doce con Roca) aceptarían a Jesús como evangelio, pero lo seguirían mirando desde la perspectiva nacional, de Jerusalén, por lo menos hasta que llegara el fin del tiempo. Por el contrario, los cristianos de Marcos no solo han aceptado el mensaje de Jesús, sino que lo han tomado como el Evangelio realizado (cumplido), es decir, como Hijo universal de Dios, portador de salvación para todos los hombres, superando así el nivel de la identidad nacional-legal judía¹².

12. Como he supuesto al referirme al Segundo Isaías, los judíos del tiempo de Jesús, en general, podían admitir la exigencia de evangelizar, y conocían la figura de profetas evangelizadores (y cristos), pero, en su conjunto, los de tendencia farisea y rabínica se sentían incómodos ante un Jesús entendido como «evangelio realizado». Para ellos, evangelizar seguía siendo «anunciar el futuro de liberación», en actitud de esperanza y promesa, manteniéndose «separados», como pueblo elegido, con sus propios ritos y normas religiosas. Por eso, les costaba entender el evangelio como una esperanza ya cumplida, como Buena Nueva realizada por Jesús y abierta, en principio, a todos los pueblos (poniendo así en riesgo la identidad del judaísmo en cuanto pueblo mesiánico separado).